

PRECURSORES DE LA “WILDERNESS” (Literatura wilderness recomendada)

Alfredo del Campo Martín

La **Tesis de Biella**, documento que dio origen a *Mountain Wilderness* en 1987, explica el concepto de wilderness (que por cierto, se pronuncia “wild...” y no “waild...” ya que se refiere al sustantivo “territorio virgen”, y no al adjetivo “salvaje”) y que hemos asumido muchos como nuestra forma de vivir las montañas y de entender la práctica del montañismo. Yo no me atrevería tanto a hablar de la wilderness como una corriente de pensamiento ya que probablemente en ella confluyan diferentes planteamientos deportivos, conservacionistas, estéticos y éticos de muy diversa condición y que no permiten su catalogación como tal. Sin embargo sí existen al menos dos pensadores, que nadie los excluiría como precursores de una concepción wilderness de las montañas. Estos son **Élysée Reclus** (1830-1905) y **Henry David Thoreau** (1817-1862). Ambos son también pensadores anarquistas y precursores (sobre todo Thoreau) del ecologismo, lo cual nos está indicando mucho a cerca de la preservación de la vida salvaje y su relación con el poder, la libertad, o la responsabilidad individual y colectiva.

Ambos autores, el primero como geógrafo y el segundo como escritor y naturalista, experimentaron por libre decisión los viajes y la vida salvaje de una forma auténtica, sin concesiones a nada que no fuera su pensamiento libertario y una visión eminentemente ética de la naturaleza y de su relación con ella, por más que en ello les fuera la salud, la libertad (ambos estuvieron presos) o el beneplácito de sus coetáneos. Fruto de sus experiencias y reflexiones disponemos de bellísimas obras en relación a la naturaleza y la montaña que hoy en día siguen en plena vigencia y que recomiendo a cualquier montañero comprometido con la defensa de las montañas.

A continuación se reflejan algunos extractos de estas obras:



Henry David Thoreau.

Walden o la vida en los bosques. (1854)
Diario. Elogio de la vida salvaje.



Élysée Reclus

Historia de una montaña (1880).
Subir montaña. En La Terre.

DIARIO. ELOGIO DE LA VIDA SALVAJE. H.D. Thoreau.

Mayo

Ascendiendo por la gruta de Groton, vislumbré en la lejanía un débil fulgor que en apariencia surgía de la tierra -por allí no existen casas. ¿Sería un viajero con su linterna, o un fuego fatuo? Nadie pudo haberlo visto; pertenece a la mitología moderna. ¿Voy a alcanzarlo? Tiende a morirse. ¿Es el reflejo de la estrella del atardecer sobre el agua, o tal vez una fosforescencia? Alcanzo a sentir el olor a quemado, veo las chispas que brillan sobre el fondo negro. Son unos troncos semiapagados, casi cubiertos de tierra, abandonados en la pradera recién labrada y que abrasan ahora sombrías llamas interiores. Un campamento de bohemios. Estoy sentado en la extremidad intacta de un tronco, y busco el calor del fuego; escribo al fulgor de la lumbre, ya que aún no apareció la luna. ¡Qué cosa extraña y titánica es el Fuego, Vulcano entregado en la noche a su obra ciclópea en este horno, lejos de los hombres peligrosos para él, consumiendo la tierra, royendo sus entrañas! El tizón llamea dentro. Miren el Fuego hambriento que tiene a la selva en su boca. De un lado, el bosque sólido; del otro el humo y las chispas. Así es como trabaja. El granjero pone de lado esos troncos para ser destruidos, consumidos, como desecho de los árboles. Los da a su perro a su buitre: el Fuego. Se creería que arde la yesca. Me gusta ese olor. Las ranas contemplan las llamas y sueñan cerca del fuego. Hay en su interior, cavernas en ignición, incrustadas de fuego como un pozo de salitre. No es de extrañar que anden las salamandras. Al verlas uno piensa en que hay seres vivientes en el fuego, que el fuego engendra.

Oigo el aserradero que sigue marchando de noche para reducir la creciente. Allí es el agua la que trabaja, otra devoradora del bosque. Esas dos fuerzas salvajes se han desencadenado contra la Naturaleza. Es un sonido de concavidad, galopante; su obra consiste en destrozar, dominar las grandes vigas, prepararlas como a un rudo Orfeo para las habitaciones de los hombres y tal vez para hacer instrumentos musicales. Me imagino al dueño del aserradero con su linterna y su barra en la mano, de pie a un costado, en medio de las sombras que la luz proyecta. La barra resuena como un sonido de campana que proviene de los nervios de la viga torturada, cuyas entrañas devora la sierra. En su mayoría, los hombres pueden trasladarse fácilmente de un punto a otro. Carencia de raíces, de raíces-madres, escasa profundidad en ellas. Una pala por debajo, tierra que se arroja lejos y asunto concluido.

Junio

Mientras unos niños se bañan, juegan con un barquito. (Estoy entre los sauces.) El color de la piel infantil es agradable a esa distancia, ese color tan raramente entrevisto de la carne. El ruido de sus diversiones y zambullidas llega hasta mí por sobre el agua. Aún no hemos tenido al hombre en la Naturaleza. Como le resultaría singular y raro a un ángel que visitara la tierra, anotar en su libro de notas que les está prohibido a los hombres, bajo penas muy severas, mostrar su cuerpo. ¡Rosa pálido que el sol pronto bronceará! ¡Hombre blanco! No hay hombres blancos para oponer a los rojos y a los negros; son del color que el tejedor les da. Me pregunto si el perro reconoce a su amo cuando éste se baña y no se queda cerca de sus vestidos.

La sirena del vapor, a la distancia, se asemeja al zumbido de las abejas sobre la flor. Así armonizan las obras humanas con la Naturaleza. Oigo el grito de un enorme gavilán que con las alas erizadas hiende el aire hacia el elevado confín del bosque, buscando sin duda asustar a su presa y despertarla -sonido penetrante, estridente, como para helar de terror a los pajaritos, y muy propio

de su pico corvo y hundido. Observo su pico abierto contra el cielo. Grito lanzado con violencia, con temblorosas sacudidas a causa de sus alas y de su movimiento al volar. El ala erizada de un gavilán volverá a ser lisa. Pero la de un poeta no lo será jamás.

Al surgir del alba, en el fin de estas noches asfixiantes, el canto de los grillos es como el sueño de la tierra que continúa a la luz del sol. Amo este primer instante de la aurora, cuando el canto del grillo prosigue con tanta fe y esperanza, como si aún fuera noche, expresando la inocencia matinal; instante supremo del día, en que el canto unicolor del grillo rejuvenece, embebido de rocío. Mientras conserve ese canto su timbre divino, ¿quién puede cometer un delito? A su influjo, Grecia y Roma yacerán bajo tierra, sin esperanza de resurrección.

¡El canto terrenal del grillo! Se oyó antes del cristianismo. "¡Salud! ¡Salud! ¡Salud!" es el estribillo de su canto milagroso. Significa que el hombre que ha reposado durante el sueño, se siente inocente, bien despierto en plenitud de esperanza. Cuando oímos el canto del grillo oculto entre el césped, ¡qué poca cosa nos parece el mundo! Oigo, desde todos lados, cantar al gallo, con sorpresa y gozo, como por primera vez. ¡Camarada de vigor desbordante! El sí que es el hijo de la tierra. Ni la lluvia ni la sequía, ni el frío ni el calor pueden matarlo. Un hombre miente con sus palabras y se crea mala reputación; otro miente por sus maneras y adquiere buen renombre.

Julio

La Naturaleza nos es revelada por quien va hacia ella, no como concienzudo observador, sino con plenitud de vida. Se entrega a este último para revelarse. Para un corazón desbordante la Naturaleza es algo más que una figura retórica. El canto del mirlo silvestre no es un trozo de ópera, no lo es tanto por la composición, como por los acentos, el tono, las medidas tiernas de una melodía inspirada por la mañana y el atardecer eternos. Calidad del canto y no de las notas. En el canto del peawai hay calor opresivo, pero en el mirlo, aun cuando cante al mediodía, es la frescura fluyendo del seno de las fuentes. Tan sólo el mirlo nos habla de la riqueza y el vigor eterno de la selva. Todo el secreto de las cosas lo encierra el canto del pájaro, aunque la Naturaleza haya esperado la deuda de la estética para revelárselo al hombre. Cada vez que un hombre oye ese canto, es porque posee juventud y la Naturaleza está en su primavera. Un mundo nuevo se le ofrece, una tierra libre; las puertas del cielo se abren de par en par. El canto de casi todos los otros pájaros-cántico- ha sido la compañía de las alegres horas de mi vida, pero el trinar del mirlo me habla siempre de un éter más leve que el que respiro, de una belleza y de una fuerza inmortal. Vuelve más profundo el sentido de todas las cosas que evocan sus acentos. Canta para dar a los hombres ideas más claras y más elevadas. Canta para que reformen sus instituciones, para que pongan en libertad al esclavo de las plantaciones y al preso en los calabozos, al esclavo de la casa de placeres y al cautivo de sus bajos pensamientos.

Lo que llaman genio, es una abundancia de vida o de salud que hace todo lo que dirige a los sentidos (el sabor de esas bayas silvestres, el mugido de esta vaca, que resuena como deslizándose por el flanco de una fértil montaña justo antes de la noche, cuando el fragante rocío perfuma el aire y reina una fuerza y una serenidad eternas, aguardando ese mañana que no oscurecerá jamás) todos los objetos, los sonidos, los olores, los sabores se impregnan de una embriaguez salutífera. El encajonado río de la vida desborda en sus orillas, invade y fertiliza grandes extensiones, donde las poblaciones hallan su sustento. Verdadera inundación del Nilo. Somos tan pródigamente sensibles que estrechamos entonces nuestro destino, y lejos de sufrir y de permanecer indiferentes, nos congratulamos con ello. Y si no hemos

disipado el fluir vital y divino es entonces cuando la circulación de la vida excede a nuestros cuerpos. La vaca ya ni es nada. No está ella en la villa; está en quien la escucha. Me sorprender pensar que debo una percepción a ese sentido grosero y común del gusto, que es potmi paladar que la inspiración ha llegado a mí, que esas bayas han nutrido mi cerebro. Después de haber comido los frutos simples, sanos y exquisitos de la colina, noto mis sentidos estimulados, Vuelvo a ser joven, y sentado o de pie, no me más yo mismo.

Marzo

Si mis campos, mis arroyos, mis bosques, la Naturaleza que me rodea y las tareas simples de los habitantes cesaran de inspirarme e interesarme, ninguna cultura, ninguna riqueza podrían reparar tal pérdida. Temo la disipación que implica el viaje, el trato social por mejor que fuese, y los placeres intelectuales. Si París se agranda en mi espíritu, Concord disminuye. Y sería un mal negocio cambiar mi villa natal por el glorioso París. Porque París no sería para mí después de todo más que una escuela donde aprender a vivir mejor donde ahora estoy, como la antecámara de Concord, la escuela preparatoria de mi universidad. Quiero vivir de tal manera que mi gozo y mi inspiración surjan de los acontecimientos más ordinarios y de los hechos de cada día. Lo que a toda hora perciben mis sentidos, mi pase cotidiano, la conversación con mis vecinos, son mis inspiraciones. Pueda yo no soñar otro cielo que el que se extiende sobre mi cabeza. Si un hombre adquiere el vicio del vino y del aguardiente para perder el gusto al agua, claro está que no debe quejarse después.

Un halcón de los pantanos sobre la llanura de Concord es más valioso espectáculo para mí que la entrada de los aliados en París. No soy ambicioso en ese sentido. No quiero que mi suelo natal permanezca o languidezca por negligencia. No hay más que un solo buen viaje, y es el que revela el valor del hogar y nos permite gozar en él. El hombre más rico es aquel cuyos placeres cuestan menos.

Consagro una parte considerable de mi tiempo en observar las costumbres de los animales salvajes, mis vecinos, las bestias. Sus actos y sus migraciones desarrollan ante mis ojos el ciclo anual. Muy significativos el vuelo de las ocas, la partida del pájaro zumbón, etc. Pero si pienso que las más nobles bestias han sido exterminadas, el puma, la pantera, el lince, el lobo, el caribú, el gamo, el castor, me parece que habito un país disminuido, y por así decirlo, mancillado. Las costumbres de esos animales, ¿no habrían sido antes mucho más expresivas? ¿No estoy familiarizado con una Naturaleza empobrecida y mutilada? ¿Iría a estudiar en una tribu india que hubiera perdido todos sus guerreros? La selva, la pradera, carecen de sentido, ahora que no puedo ni siquiera imaginarme en una al caribú que lleva una pequeña selva en su cabeza, ni al castor en la otra. Imagino lo que podrían haber sido los cantos y los gritos variados, los cambios de piel y de plumaje que anunciaban la primavera y marcaban las demás estaciones, y comprendo que esta vida mía, esta ronda particular de hechos anuales que denomino año, está deplorablemente incompleta. Escucho un concierto mutilado en partes. Todo el país civilizado se ha convertido en cierto modo en una ciudad, y yo mismo soy ese ciudadano que se lamenta. Un gran número de fenómenos naturales y de migraciones que otrora servían a los indios para reconocer las estaciones, ya no se observan más. Quisiera trabar conocimiento con la Naturaleza, iniciarme en sus modalidades y costumbres. La Naturaleza primitiva me interesa sobremanera. Hago lo imposible, me apeno infinitamente por saber qué es la primavera, por ejemplo, creyendo así que está en mis manos todo el poema. Después, con gran disgusto, me doy cuenta que lo que he leído no deja de ser una copia incompleta, de la que mis antepasados destrozaron numerosas primeras páginas y mutilaron trozos enteros con bellos pasajes. No me gustaría que un semi-dios se hubiese apoderado de las más bellas estrellas. Desearía

conocer un cielo y una tierra intactos. Árboles, animales, peces y pájaros, los más grandes han desaparecido. ¡Quién sabe si no se han reducido los cursos de agua!

¡Adiós mis amigos! Mi camino desciende por aquí en la montaña, por otro lado el de ustedes. Desde hace tiempo los veo cada vez más lejos de mí. Un día desaparecerán del todo. De aquí a poco tiempo mi senda me parecerá solitaria sin su compañía. Las praderas serán landas estériles. No cesa de palidecer mi recuerdo. El camino que recorro se estrecha y endurece, la noche está cada vez más próxima. Pero en el porvenir, nuevos soles se alzarán, llanuras inesperadas se extenderán ante mí, y hallaré nuevos peregrinos que tendrán en sí la virtud que descubrí en ustedes, que serán ellos mismos la virtud que eran ustedes. Me someto a esta saludable y eterna ley, que reinaba en aquella primavera en que los conocí, que reina en esta primavera en que me parece que los pierdo. Amigos de antaño, vuelvo a visitarlos como quien marcha entre las columnas de un templo en ruinas. Ustedes pertenecen a una época, a una civilización, a una gloria, hace tiempo extintas. Sus armoniosas líneas aún se distinguen, a pesar de las convulsiones sufridas y de los chacales que rondan las ruinas. Vengo a reencontrar el pasado, a descifrar sus inscripciones, los jeroglíficos, los manuscritos sagrados. Ya no encarnamos mucho nuestro yo antiguo. El amor es una sed que nada sacia. Bajo la corteza más grosera se oculta la carne más delicada. Si deseas comprender a un amigo, aprende a leer a través de una materia más opaca y espesa que el cuerno. Si deseas comprender a un amigo, todos los idiomas te resultarán fáciles. El enemigo se descubre. Hay en él una amenaza de guerra. En cambio el amigo no descubre jamás su afecto. Advierto una vez más la ventaja que tiene para el poeta, para el filósofo, para el naturalista y para todos nosotros, entregarnos de tiempo en tiempo a una ocupación diferente de nuestra ocupación habitual, y mirar, por así decir, de soslayo a las cosas. El poeta tendrá así visiones que ninguna inspiración voluntaria haría nacer. El filósofo deberá admitir principios que no le habrían revelado largos estudios y el mismo naturalista posaría su vista sobre una flor desconocida o sobre un animal imprevisto y nuevo.

WALDEN O LA VIDA EN LOS BOSQUES. H.D. Thoreau

1. La enseñanza de la simplicidad.

Fui a los bosques porque deseaba vivir en la meditación, afrontar únicamente los hechos esenciales, y no sucediera que estando próximo a morir, descubriese que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera vida; ¡la vida es tan cara!, ni tampoco deseaba practicar la resignación, a menos que fuese enteramente necesaria. Quería vivir profundamente y extraer todo lo maduro como para infligir una derrota a todo lo que no fuese vida; guadañar un ancho espacio a ras del suelo; empujar la vida a un rincón y reducirla a sus términos más bajos, y si mostrase ser mezquina, obtener su genuina y total mezquindad y publicar su miseria ante el mundo; o si, resultara ser sublime, conocerla por experiencia, y ser capaz de dar una verdadera noticia de ella en mi próxima excursión. Porque me parece que la mayor parte de los hombres están en una extraña incertidumbre sobre si será del diablo o de Dios la vida, y han llegado a la conclusión, un poco apresurada, de que el principal fin del hombre sobre la tierra es "glorificar a Dios y gozar de El eternamente".

Todavía vivimos miserablemente, como hormigas, aunque diga la fábula que hace mucho fuimos transformados en hombres; como pigmeos, luchamos con las grullas; cae error sobre error, remiendo sobre remiendo y nuestra mejor virtud tiene por ocasión una miseria superflua y evitable. Un hombre honesto no tiene necesidad de contar con más que con los diez dedos de sus manos, y en casos extremos puede añadir los diez dedos de los pies y tomar en globo lo demás. ¡Simplicidad, simplicidad, simplicidad! Sean tus asuntos dos o tres y no un centenar o un millar; en vez de un millón cuenta media docena, y haz la cuenta en la uña del pulgar. En medio de este mar picado de la vidas civilizada, son tales las nubes, las tormentas, las arenas movedizas, y los mil y un detalle que deben considerarse, que un hombre, si no quiere zozobrar e irse a pique sin llegar a ningún puerto, tiene que vivir haciendo estimas, y ha de ser un gran calculador, por cierto, quien tenga éxito. Simplifica, simplifica. En lugar de cien platos, cinco; y reduce las otras cosas en la misma proporción.

2. Los sonidos de la naturaleza

A veces, en una mañana de verano, después de haber tomado mi baño habitual, me sentaba yo en la asoleada puerta de mi casa, desde la salida del sol hasta el mediodía, transportando en un ensueño, en medio de los pinos y nogales y zumaques, en soledad y tranquilidad imperturbadas, mientras los pájaros cantaban alrededor, o volaban sin ruido a través de la casa, hasta que el sol, entrando por la ventana del oeste, o el ruido del coche de algún viajero en la distante carrera me recordaban el transcurso del tiempo. Yo crecía en aquellos momentos como el maíz de noche, y eran muchos mejores de lo que hubiera podido ser cualquier trabajo de las manos. No fue tiempo sustraído a mi vida, sino, al contrario, vida más alta y más digna de la que usualmente me permitía. Yo realizaba lo que los orientales entienden por contemplación y abandono de las obras. Por lo general, no me daba cuenta de cómo pasaban las horas. El día avanzaba como para alumbrar algún trabajo mío; era de mañana; y hete aquí que anochecía, y yo no había hecho nada recordable. En lugar de cantar como los pájaros, yo sonreía silencioso a mi incesante buena fortuna. Como el gorrión tenía sus trinos, posado en el nogal frente a mi puerta, así tenía yo mi risita o gorjeo contenido, que él podía oír partir de mi nido. Mis días no eran los de la semana, no llevaban el sello de deidades paganas, ni estaban desmenuzados en horas, ni inquietados por el tic-tac de un reloj, pues vivía como los indios Puri, de los cuales se dice que "para ayer, hoy y mañana, sólo tiene una palabra, cuya variación de

significado expresan señalando atrás para decir ayer, adelante para mañana, y encima de la cabeza para el día que pasa". Esto para mis conciudadanos era sin duda pura haraganería, pero si los pájaros y las flores me juzgaran conforme a sus modelos, no me encontrarían deficiente.

Tenía esta ventaja a lo menos, en mi modo de vivir, sobre aquellos que están obligados, para divertirse, a dirigir su mirada hacia fuera, hacia la sociedad o el teatro; mi vida se había vuelto mi diversión y nunca cesaba de ser nueva. Era un drama con muchas escenas y sin conclusión. (...) El quehacer doméstico era para mí un agradable pasatiempo. Cuando el piso estaba sucio, me levantaba temprano, y, poniendo todos mis muebles afuera -el catre y las cobijas en su solo bulto sobre la hierba-, echaba agua sobre el piso, esparcía arena blanca del lago, y con una escoba lo frotaba hasta dejarlo limpio y blanco; y cuando los habitantes del pueblo recién se desayunaban, el sol de la mañana ya había secado mi casa como para volver a poner todo adentro, y mi meditación casi no se había interrumpido. Resultaba agradable ver todos los objetos de la casa sobre la hierba, formando una pequeña pila, semejante al fardo de un gitano, y mi mesa de tres patas, de la que no había movido los libros, la plumas y la tinta, parada en medio de pinos y nogales. Parecían contentos de estar a la intemperie, y sin ganas de que los entrasen. Estuve tentado a veces de cubrirlos con un toldo y sentarme allí. Valía la pena ver brillar el sol por encima de estas cosas, y oír soplar el viento libremente. ¡Cuánto más interesantes parecían esos objetos familiares afuera que en la casa! Un pájaro se posa en las ramas vecinas, la siempreviva crece bajo la mesa, y zarzamoras se enredan en las patas; piñas, cáscaras de castañas y hojas de frutilla están esparcidas por allí. Parecería que de ese modo esas formas fueran transferidas a nuestros muebles, a mesa, silla y catre: porque una vez estuvieron en medio de ellas.

(...) Estoy contento de que haya lechuzas. ¡Qué lances sus gritos idiotas y maniáticos hacia los hombres! Es un sonido admirablemente adecuado a los pantanos y al crepúsculo de los bosques, del que en vano se buscara un ejemplo en el día, y sugiere una naturaleza vasta y primitiva, que los hombres no han descubierto aún. Representan el rígido crepúsculo y los pensamientos insatisfechos que todos tienen. Todo el día ha brillado el sol sobre la superficie de algún pantano salvaje, donde hay un abeto solitario cubierto de colgantes líquenes llamados barba de viejo, y pequeños halcones circulan por encima, y el pato susurra entre las siemprevivas, y abajo remolonean la perdiz y el conejo; pero luego apunta un día más triste y riguroso, y una distinta raza de criaturas despierta para expresar así el significado de la Naturaleza.

3. El lago Walden

El paisaje de Walden es más bien humilde; siendo muy bello, no se acerca a ninguna grandeza, ni puede impresionar mucho a quien no lo haya frecuentado largamente o no viva en sus orillas; sin embargo, este lago, de profundidad y pureza notables, merece una descripción particular. Es una fuente verde, clara y profunda, de media milla de largo y una milla y tres cuartos de circunferencia, con una extensión de setenta y uno y medio acres; una fuente perenne en medio de los bosques de pinos y robles, sin ninguna visible entrada ni saldo de agua, excepto las nubes y la evaporación. Las colinas que lo rodean suben abruptamente desde el agua a una altura entre cuarenta y ochenta pies, aunque por los lagos sudoeste, y este alcanzan cerca de cien y ciento cincuenta pies, respectivamente, dentro de un cuarto y un tercio de milla. Son exclusivamente selváticas.

(...) El agua es tan transparente que puede verse el fondo hasta una profundidad de veinticinco treinta pies. Remando sobre ella, puede uno percibir a muchos pies debajo

de la superficie masas de percas y de peces plateados que nadan juntos, tal vez de solo una pulgada de largo, y sin embargo las primeras se distinguen fácilmente por sus bandas transversales, y uno piensa que deben ser peces muy ascéticos los que hallan allí su subsistencia.

(...)Tenemos otro lago justamente igual a éste: el lago White, en Nine Acre Corner, a unas dos millas y media al oeste; pero aunque conozco bien la mayor parte de los lagos dentro del radio de unas doce millas a partir de este centro, no conozco un tercero que tenga un carácter tan puro y como de fuente. Naciones sucesivas acaso han bebido de él, lo han admirado y examinado a fondo, luego desaparecieron, y todavía su agua sigue siendo verde y diáfana como siempre. ¡No es un manantial intermitente! Tal vez en aquella mañana de primavera en que Adán y Eva eran expulsados del Edén, el lago Walden ya existía, y aun entonces se convertía en una suave lluvia de primavera, acompañada de niebla y viento sur, y estaba cubierto por miríadas de pastos y gansos, que no habían oído nada de la caída, cuando todavía esos lagos tan puros eran suficientes para ellos. Ya entonces había empezado a subir y bajar, había clarificado sus aguas, coloreándolas con el tinte que ahora tienen, y había obtenido del cielo una patente para ser el único lago Walden del mundo y destilador de los celestes rocíos. ¿Quién sabe de cuántas literaturas de naciones de la que no hay recuerdo ésta ha sido la Fuente Castalia, o qué ninfas lo presidían en la Era de Oro? Es una gema de primeras aguas que Concord lleva en la pequeña corona de su escudo.

4. El lugar de la verdad

Antes que amor, o que dinero, o fama, dame verdad. Me senté a una mesa en la que había ricos manjares, vino en abundancia, y obsequiosos ayudantes; pero la sinceridad y la verdad no estaban allí, y me escapé, hambriento, de aquella mesa inhospitalaria. La hospitalidad era tan fría como los helados; pensé que no había necesidad de hielo para prepararlos. Me hablaban de la edad del vino, y de la fama del viñedo; pero yo pensaba en un vino más añejo, más nuevo y más puro, de una vendimia más gloriosa, que ellos no había tenido, ni lo podían comprar. El estilo, la casa y sus terrenos, y los "entretenimientos", nada eran para mí. Fui a visitar al rey, pero me hizo esperar en su hall, y se condujo como un hombre incapacitado para la hospitalidad. Había un hombre en mis vecindades que vivía en un árbol hueco. Sus maneras eran, en verdad, reales. Yo había hecho mejor en visitarlo a él. ¿Hasta cuándo nos sentaremos en nuestros pórticos, practicando virtudes inútiles y mustias, que cualquier trabajo impertinentes?... Conocemos solamente la película del globo en que vivimos. La mayor parte de nosotros no hemos cavado seis pies bajo su superficie, ni saltado otro tanto por encima de ella. No sabemos donde nos hallamos. Además, permanecemos profundamente dormidos por más de la mitad de nuestro tiempo. No obstante, nos estimamos sabios, y tenemos un orden establecido sobre la superficie. ¡Verdaderamente somos unos pensadores profundos, unos espíritus ambiciosos! Cuando me detengo ante el insecto que se arrastra en medio de las pinchas sobre el suelo del bosque, tratando de esconderse de mi vista, me pregunto por qué abriga esos humildes pensamientos y oculta su cabeza de mí, que, tal vez, puedo ser su bienhechor y dar a su raza alguna información alegre, me acuerdo de ese mayor Bienhechor e Inteligencia que está sobre mí, insecto humano que soy.

La vida en nosotros es como el agua en un río. Puede subir este año más alto de lo que hasta ahora haya presenciado el hombre, e inundar las resacas tierras altas. Hasta este mismo puede ser el año memorable que ahogue a todas nuestras ratas almizcleras. No siempre fueron tierras secas las que hoy habitamos. Veo, a lo lejos, tierra adentro, las riberas que la corriente bañaba en otros tiempos, antes de que la ciencia empezara a registrar sus crecidas. Todos han oído la historia que circuló en

Nueva Inglaterra acerca de una fuerte y bella chinche que salió de la hoja seca de una vieja mesa de manzano que había estado en la cocina de un campesino durante sesenta años, primero en Connecticut, y después en Massachusetts, de un huevo depositado en el árbol vivo aun muchos años antes, como resultado al contarse las capas anulares. Se la oyó roer por varias semanas, incubada, tal vez, por el calor de un calentador. ¿Quién no siente fortalecida su fe en una resurrección e inmortalidad oyendo esto? ¡Quién sabe que vida bella y alada, cuyo huevo estuvo sepultado durante siglos bajo muchas capas concéntricas en la muerta y seca vida de la sociedad, habiendo sido depositado primero en la albura del árbol verde y viviente - que fue gradualmente convirtiéndose en una como bien endurecida tumba- y cuyo roer fue acaso oído durante años por la atónita familia del hombre sentada en torno a la festiva mesa, puede salir inesperadamente del mueble trivial y más usado, para gozar, al fin, su perfecta vida estival!

La luz que ciega nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo puede alborear el día para el cual estamos despiertos. Hay muchos días aún por nacer. El sol no es más que un lucero del alba.

SUBIR MONTAÑA. E. Reclus (del libro *La Terre*; extracto traducido por E.M. De Pisón)

¿No nos ofrecen las montañas en un espacio pequeño un resumen de todas las bellezas de la Tierra? Los climas y las zonas de vegetación se escalonan en sus pendientes: en ellas se puede abrazar en una sola mirada los cultivos, los bosques, las praderas, los hielos, las nieves, y cada tarde la luz agonizante del sol da a las cimas un aspecto maravilloso de transparencia... En nuestros días ya no se adora a las montañas, pero al menos aquellos que las conocen las aman con un amor profundo. Escalar las altas cimas ha llegado a ser actualmente una verdadera pasión. Los clubes alpinos, sociedades de montañeros, compuestas en parte por los sabios más enérgicos y más inteligentes de Europa occidental, se han impuesto la tarea de vencer paso a paso cada cima antes reputada como inaccesible, de traer desde ellas alguna piedra como signo de triunfo y de dejar allí un termómetro u otro instrumento científico, con el fin de facilitar las investigaciones de los escaladores audaces que llegarán después de ellos. Las compilaciones que contienen los diarios de viaje de los miembros de las diversas sociedades son incontestablemente obras donde se encuentran las más apreciables reseñas sobre las rocas y los hielos de las altas montañas de Europa y los más bellos relatos de ascensiones. En el futuro, cuando los Alpes y las demás cordilleras accesibles del mundo sean perfectamente conocidas, las memorias de los clubes alpinos serán la Iliada de los que recorren las montañas.

¿De dónde procede esa alegría profunda que se experimenta al escalar las altas cimas? En principio de una gran voluptuosidad física al respirar un aire fresco y vivo que no está viciado por las emanaciones impuras de los llanos. Allí uno se siente renovado al gustar esa atmósfera de vida; a medida que uno se eleva, el aire se vuelve más ligero; se aspira con más largos períodos para llenar los pulmones, el pecho se hincha, los músculos se estiran, la alegría entra en el alma. El caminante que sube a una montaña se vuelve dueño de sí mismo y responsable de su propia vida: no está sometido a los caprichos de los elementos como el navegante aventurero sobre los mares; menos aún como el viajero transportado en ferrocarril, simple carga humana facturada, etiquetada, controlada y expedida a hora fija bajo la vigilancia de un empleado uniformado. Al tocar el suelo, el caminante retoma el uso de sus miembros y de su libertad. Su ojo le sirve para evitar las piedras del sendero, para medir la profundidad de los precipicios, para descubrir los entrantes y salientes que facilitan la escalada de las paredes. La fuerza y la elasticidad de los músculos le permiten franquear abismos, sostenerse en pendientes abruptas, izarse escalón a escalón en un corredor. En mil ocasiones durante la ascensión de una montaña escarpada comprende que correría un gran peligro si perdiera el equilibrio o si dejara repentinamente velar su mirada por el vértigo o si sus miembros se negaran a servirle. Es precisamente esta consciencia del peligro, junto a la felicidad de saberse ágil y dispuesto, lo que duplica en el espíritu del montañero el sentimiento de seguridad. ¡Con qué alegría recuerda más tarde el menor accidente de la ascensión, las piedras que se soltaban de la ladera y caían al torrente con un ruido sordo, la raíz de la que se colgó para escalar un muro de roca, el hilo de agua de nieve en el que apagó la sed, la primera grieta del glaciar a la que se asomó y que se atrevió a franquear, la larga pendiente que ha ascendido tan penosamente hundiéndose hasta media pierna en la nieve, y al fin la cresta terminal desde donde ha visto desplegarse hasta las brumas del horizonte el inmenso panorama de montañas, valles y llanos! Cuando vuelve a mirar desde lejos la cumbre conquistada al precio de tantos esfuerzos, descubre o adivina con verdadero arrebató el camino tomado antes, desde los valles de la base a las blancas nieves de la cima. La montaña entonces parece mirarte. Te sonrío de

lejos. Es para ti para quien hace brillar sus nieves y se ilumina con el último rayo de la tarde.